

# ¿Conoce Dios el mal?

PEDRO TRIGO, S.J.

**Hay que desenmascarar el fetichismo del mal que está tan presente en nuestro ambiente. El ser humano está creado por Dios para el bien y para la vida.**

**En la experiencia del mal, en cualquiera de sus formas, no tenemos nada que buscar, nada que ganar.**

**No es humano hacer todo lo que uno quiera y pueda.**

**Lo humano es saber que tenemos que elegir, dejando fuera de nuestra vida bastantes cosas posibles**

---

## El problema

Esta pregunta viene al caso porque en nuestra cultura ser una persona experimentada, y tenida por eso como alguien logrado, estimable porque ha vivido, parecería incluir haber pasado por todo, es decir, conocer el bien y el mal. Personas así se ponen como ejemplo y atraen porque, se dice, se han atrevido a vivir. Y es cierto que no pocos no hacen lo que desearían porque tienen miedo de las consecuencias, bien sea a desatar fuerzas internas que no puedan controlar y pongan en peligro su normalidad, bien porque pueden arriesgar su posición social o al menos su imagen.

Desde esta matriz de opinión Dios sería menos que los seres humanos si no está por encima del bien y del mal. Si Dios se atiene al bien ¿no será alguien sin suficiente experiencia? ¿No le falta algo para llegar a la altura donde nosotros colocamos a Dios? Dicho de otra manera, si Dios es sólo bueno porque es enteramente bueno ¿resulta suficientemente atractivo como paradigma? ¿No será entonces conveniente prenderle una vela a Dios y otra al diablo? O aunque le prendamos dos a Dios ¿no estaremos tentados a prenderle aunque sea media al diablo para haber vivido en plenitud, para haberlo probado todo? Seguir sólo los caminos de Dios ¿es una existencia suficientemente integral?

---

## El mito

Éste es el planteamiento del mito adámico o de la caída que nos cuenta el tercer capítulo del Génesis. Antes de analizarlo, vamos a justificar el referirnos a él.

En la cultura ambiental decir que algo es un mito equivale a afirmar que no es real. Esta matriz de opinión deriva de la Ilustración que coloca al pensar objetual, científico-técnico, como



paradigma para conocer cualquier tipo de realidad, y relega, por tanto a la categoría de precríticos, en el sentido de no fiables, a los modos de conocer de las culturas tradicionales. El mito, en efecto, es el modo más común de esas culturas para referirse a los orígenes, pero no tanto en sentido temporal cuanto en el de principio y fundamento de la realidad que experimentamos.

La moderna hermenéutica, sostiene, sin embargo, una apreciación mucho más positiva. Parte de la base de que no todo es susceptible de ser colocado delante de los ojos como objeto para la investigación. La realidad, que desde un punto de vista nos funda, y constituye desde otro nuestro horizonte y, digamos, el medio o la luz a la que vemos cada cosa, no es susceptible de un pensamiento objetivo. De ahí la pertinencia del pensar simbólico y de las narraciones míticas.

#### El mito adámico

La Biblia también las utiliza con cierta abundancia y con toda naturalidad, aunque no sea ése su modo habitual de expresarse. El mito adámico se propone explicar la no naturalidad del ser humano y el grado frecuentemente degradado en que se presenta esa no naturalidad. Es decir, parte de la observación de que hay trabajos y sufrimientos inherentes a la condición humana, pero también percibe que otros tal vez podían haberse evitado. Como el paso a esto segundo le parece que no tiene luz, es decir sentido, lo que hace es contar cómo sucedió, cómo sucede en cada caso. Es lo que se llama un mito etiológico.

Adán y Eva, los primeros seres humanos, nos son presentados como formados del barro de la tierra y animados por el soplo de vida que Dios mismo puso en ellos. Al ser de barro tienden a desmoronarse; pero esta tendencia es superada por el aliento de vida que los unifica y dinamiza. Todo en ellos es positividad, pero una positividad limitada, con medida, y que además propende a resquebrajarse, a desleírse, reintegrándose a la tierra. Viven en armonía con la naturaleza, con los animales y plantas, con armonía entre sí y con armonía interna. Hay también armonía con Dios con quien pasean por

el jardín al fresco de la tarde. Dios, que había creado todo y los había creado a ellos, era también su compañero. Los había creado capaces de él, es decir, para relacionarse con él. Conversaban con sencillez, con maravilla, con confianza.

Pero en este universo positivo acecha la tentación: hay un ser creado que tienta. Eso significa que cuando ellos no habían pecado ya existía el mal. Para el autor del mito adámico, el principal culpable del mal humano, que él conceptualiza como pecado, es el propio ser humano. Él es el autor de su pecado: así lo confiesa cuando por fin lo reconoce. Pero para hacer justicia al fenómeno del pecado hay que reconocer secundariamente que el mal no lo han inventado los seres humanos: hay una anterioridad y exterioridad, simbolizada en el mito por la serpiente. No es un dios malo, es una creatura. Así pues el ser humano, antes de ser pecador, es tentado. Para el autor del mito esta presencia del mal es un dato, un dato que no puede explicar, pero que está ahí y por eso lo incluye en su relato: para hacer justicia a la realidad.

#### El contenido de la tentación

En el mito la tentación consiste en llevarles a sospechar de las intenciones de Dios, a dudar de su palabra. Él les había dicho que no todo lo que podían hacer debían hacerlo. Es verdad que podían hacer casi todo, pero había actos que lejos de ser beneficiosos para ellos, los llevarían a la muerte. Esta palabra de Dios los alerta sobre algo típico del ser humano: puede hacer lo que lo construye y lo que lo destruye. Y debe elegir entre ambas posibilidades. Los animales no eligen: se dejan llevar por su instinto. Los seres humanos no son en ese sentido seres naturales. En ellos está el construirse y el destruirse. Así pues, las posibilidades humanas son ambivalentes: lo pueden llevar a la vida y a la muerte. Dios lo ilustra sobre su condición y le previene para que elija la vida.

La tentación consiste en no fiarse de la palabra de Dios ¿Por qué no experimentarlo todo? ¿Por qué no hacer todo lo que está en mis manos? Dios no sería ese amigo de la vida que no quiere la muerte del ser humano sino

el ser más experimentado, celoso de su supremacía, que no quiere que la humanidad comparta su secreto y así su estatus, y por eso les engaña para que se marginen de esa experiencia y sigan en su minoridad. ¿Por qué no atreverse a ser como Dios, conocedor del bien y el mal? ¿No es deleitable experimentar el mal? La tentación consiste en hacer concebir el deseo de experimentarlo todo y de ser así como Dios. Ser humano es ser poco: podemos ser como Dios y eso tiene que ver con un deseo que siempre pide más, insaciable.

No se puede salir del dilema: o creemos a Dios o creemos al tentador que se nos ha metido dentro. Si creemos a Dios, realmente que no experimentamos el mal. Podría sospecharse que algo hemos perdido. Si seguimos al deseo, perdemos lo que teníamos. ¿Qué teníamos? La integridad. En el mito los seres humanos ceden a la tentación y en efecto conocen: el texto dice que se les abrieron los ojos. ¿Qué conocieron? Que estaban desnudos, que habían perdido la armonía interior y la armonía entre ellos. Conocieron lo que habían perdido. Conocieron que habían decaído de su estado anterior: que el desmoronamiento de su barro había ganado posiciones sobre la unificación que propiciaba el aliento de vida. Conocen que están más en la carne que en el espíritu, que no son aquí dos componentes sino dos dinamismos, los dos dinamismos a los que el ser humano puede entregarse.

#### La propuesta de Dios

Ahora estaban más lejos de Dios que antes, por eso se ocultaba de él. Luego Dios no era el que estaba por encima del bien y del mal. Dios es enteramente bueno y por eso todo bueno. Pero, porque es todo bueno, el mito no acaba ahí. Dios no abandona al que no se fió de él, sino que sigue apostando por él y requiriendo a su libertad. Le propone ser como él. No como el tentador y el ser humano se imaginan que es (el que no elige sino que se entrega a realizar todas sus posibilidades y deseos, que están por encima del bien y del mal porque se define por el poder) sino como es en realidad: bueno del todo y por eso misericordioso. Si Dios le propone al ser humano como su meta, como su rea-



lización consumada, ser bueno como él, ser bueno y ser radicalmente humano coinciden.

Esto es lo que revela Jesús en el sermón del monte al radicalizar y universalizar la ley. Éste es el camino que nos propone. Siguiéndolo, llegaremos a ser hijos de Dios. El que es plenamente humano, es decir, enteramente bueno como Dios, es misericordioso. A la plenitud de la humanidad pertenece no abandonar al que no nos tiene fe y se entrega al mal sino ganarlo con el perdón, y así vencer al mal a fuerza de bien.

Así como Adán simboliza a cada uno de los seres humanos que, desconfiando de la palabra de Dios, nos hemos entregado a experimentar hasta dónde somos capaces de llegar siguiendo nuestros deseos, Jesús de Nazaret es el arquetipo de los que viven de fe. Él también fue tentado como todos a experimentar su poder, el poder omnimodo que según el tentador le corresponde al Hijo de Dios. Jesús vence la tentación negando ese presupuesto: él no necesita de experiencias ni de poder para saber quién es, para saber lo que es vivir. Él vive de la palabra de Dios, él se fía de Dios, él vive de fe. Vive de fe porque es Hijo de Dios.

#### Vivir de Fe: sus costos

Vivir de fe tiene sus costos. Porque Dios no llena mágicamente de vida ni garantiza el éxito, la superación de dificultades, la victoria sobre adversarios. Dios sólo da compañía, como dice el mito adámico. Compañía gratuita y gratificante. Pero no sustituye al ser humano ni obvia el uso de su libertad ni de la libertad de los demás respecto de él. Así Jesús, que según el dicho de Miqueas vive defendiendo la justicia y practicando la misericordia y caminando humildemente delante de su Dios (6,8), es cierto que a través de ese modo de vivir se humaniza, llega a ser tan humano como sólo el Hijo de Dios puede serlo, llega a ser en verdad el más hermoso de los hijos de los hombres; pero muere torturado por la autoridad política y entregado a ella por la autoridad religiosa. Jesús al morir consume su vida: muere perdonando a sus asesinos y arrojándose en las manos de su Padre, poniendo en él definitivamente su destino. Pero muere.

Jesús no conoció el mal: no tuvo experiencia íntima de él, en el sentido de que no cometió pecado, no eligió hacer el mal. Todas sus acciones se dirigieron hacia el bien, hacia la vida. Jesús, como Dios, se quedó sin hacer esa experiencia. Por eso es una persona íntegra y cabal, completamente humana. No haber hecho la experiencia del mal no sólo no lo disminuye, sino que no hacerla, no por miedo sino por estar lleno del bien, completamente ganado por la vida y referido a ella, lo hace verdaderamente como Dios: es tan humano como sólo el Hijo de Dios podía serlo. Y la raíz de su humanidad fue que vivió de fe: de esa relación con Dios completamente confiada y absolutamente disponible.

#### El modo divino de conocer el mal

Sin embargo, conoció el mal más que ninguno al conocer los efectos que provoca en los seres humanos. Acudió a recibir el bautismo de penitencia que administraba Juan porque cargó con los pecadores y sus pecados. Por eso pudo confesar los pecados en primera persona, no ciertamente de singular, pero sí de plural. Luego concretizó este cargar intencional y simbólico en el cargar efectivo en cada encuentro con personas, con grupos y con multitudes. Al fin murió asesinado por el político que eludió la pregunta por la verdad y por tanto lo condenó sin justicia. Cuando el pecado lo mataba, él conocía el poder de causar muerte que tiene el pecado. No había en él nada que se dirigiera a la muerte, por eso el pecado violentaba todo su dinamismo humano. Así conoció él como ningún otro el poder destructor del pecado. Y conoció cómo ese poder, en realidad antipoder, deshumaniza a quienes se entregan a él.

Pero, en medio de su debilitamiento creciente que lo conduciría a la muerte, de sus dolores atroces y de la injusticia experimentada, su dirección al bien se consumó al cargar sobre sí el pecado de quienes lo asesinaban pidiendo a Dios por ellos, y al entregarse no a la muerte sino a los brazos de su Padre culminando así su absoluta confianza y su total disponibilidad.

¿Y qué hacía el Padre en la cruz de Jesús? Dios se entregaba completamente a su Hijo y sufría con él. Así,

padeciendo por esos seres humanos que desechando su propuesta se entregan al mal y padeciendo con su hijo y con tantos otros a quienes da muerte el pecado de otros, Dios vence el mal a fuerza de bien. ¿Conoce Dios el mal? No, pero como es enteramente bueno, carga con los pecadores y al cargar con ellos conoce cómo los destruye el mal, cómo los deshumaniza. En este sentido, Dios y Jesús tienen un conocimiento más profundo del mal que los que se entregan a él. Sólo cuando quien ha cometido pecado, lo reconoce y confiesa, conoce realmente lo que ha hecho, lo que ha causado en él y en otros su pecado. Lo conoce cuando se desolidariza de su acto y elige no tener experiencia del mal. A estas personas esa experiencia de mal sí se les convierte en sabiduría y en misericordia. Porque es propio de Dios sacar bien, incluso del mal. Lo mejor es no cometerlo, porque no sólo quita vida sino que obnubila, enceguece, y esclaviza. Pero si se comete, no hay que desesperar. Eso es más grave aún que cualquier pecado concreto. Dios siempre ofrece su compañía alentadora para superarlo, para volver a elegir el bien y la vida y para sacar bien hasta del mal.

#### Conclusión

Hay que desenmascarar el fetichismo del mal que está tan presente en nuestro ambiente. El ser humano está creado por Dios para el bien y para la vida. En la experiencia del mal, en cualquiera de sus formas, no tenemos nada que buscar, nada que ganar. No es humano hacer todo lo que uno quiera y pueda. Lo humano es saber que tenemos que elegir, dejando fuera de nuestra vida bastantes cosas posibles. Tomás Moro, ya en la torre de Londres y próximo a ser ejecutado, pidió al nuevo canciller que acudió a visitarlo que, si realmente quería al rey, no le pusiera delante de los ojos lo que podía hacer sino lo que debía hacer. Sólo así seremos reyes de nosotros mismos, compañeros de la creación, hermanos de todos los seres humanos y verdaderos hijos de Dios.

**PEDRO TRIGO, S.J.**

Teólogo. Miembro del Consejo de SIC